

## DIBUJANDO SENTIMIENTOS

El taxi avanza pausadamente por la carretera en la lobreguez de la noche, a unos setenta kilómetros por hora. Suena la radio, acompañando con su melodía al conductor y a un soñoliento cliente en la travesía. Comienza una nueva canción y, a su vez, el asiento trasero empieza a resolverse, es *As long as you love me*.

- Disculpe, ¿puede cambiar de canción? – interroga el joven pasajero, cuya inquietud va aumentado con cada nota de la melodía.

Como respuesta obtiene silencio. La sangre que recorre sus venas hierve, y varias gotas de sudor deslizan por su frente. La canción continúa. Desearía ser él el conductor del automóvil para pisar el acelerador hasta subir a dos cientos por hora y desaparecer.

### *Un año antes*

Libera un suspiro cuando sus ojos alcanzan el cuadro que la institutriz les ha ordenado copiar, de nuevo se trata de una obra del Renacimiento. Es lo único a lo que se dedican en aquella academia, reproducir copias del siglo XVI, una tras otra.

Claudia procede de una familia adinerada, por lo que en el mismo instante en el que le comentó a su padre el deseo de inscribirse a clases de dibujo, éste aceptó sin oposición alguna, y al día siguiente ya estaba recibiendo clases en la más prestigiosa academia de pintura de Madrid. En cambio, Claudia había llegado a comprender en el período de un mes, que a su parecer había sido eterno, el concepto de que copiar no simbolizaba el arte del dibujo, pues lo único que les

ordenaban las institutrices era reproducir con exactitud el cuadro, adquiriendo la personalidad característica de su autor, no la suya propia.

Suena el timbre que marca el final de las dos horas de clase. Recoge rápidamente y es la primera en abandonar la estancia, adelantándose al resto de sus compañeros. A la salida, una lujosa limusina la espera. Se aproxima y el chofer baja la ventanilla.

- Esta vez regreso a pie – le indica Claudia.
- Como usted desee – responde mientras pisa el acelerador y se distancia.

Prefiere aclarar sus pensamientos sola. Inaugura el paso, el atardecer da comienzo con un viento leve que enmaraña sus cabellos y en un rápido movimiento provoca el vuelo y la apertura de la carpeta que transporta. Como consecuencia, el cuadro que había comenzado reposa en un charco. La *Gioconda* echada a perder, aunque en verdad poco le importa, aparte le estaba quedando horrible, ahora está mejor, no se parece a la de Leonardo Da Vinci y le da un toque artístico. Se acuclilla con intención de recogerla para depositarla en el cubo de la basura, acto seguido advierte un pequeño cartel en un poste cercano. Este anuncia: Clases de dibujo, ayuda a la potenciación de la creatividad y personalidad en el dibujo.

Adjunta el teléfono móvil y la dirección. ¡Es justo lo que necesitaba! Ser ella misma, mostrase tal y como es en el cuadro y reflejar su propio estilo. Estas clases son perfectas para ella, se ajustan a su argumento a la perfección. Mañana mismo contactará con el anunciante del cartel.

Claudia viaja en el asiento trasero de su limusina, camino a la academia de pintura. Una vez en la puerta, y tras comprobar que su chofer se ha retirado, cambia de

rumbo y se dirige, tal y como había acordado, hacia la dirección del anunciante del día anterior. No tarda demasiado en encontrar la dirección, ya que se halla, por fortuna, a pocos metros de su punto de partida. Es una calle angosta y no muy frecuentada, aunque de todos modos llama, es el tercero C. Le responde una voz masculina.

- ¿Quién es?

-Hola, vengo por las clases de pintura.

-Estupendo, me alegra oír eso, sube.

Claudia sube las escaleras, mientras piensa como debe de ser su nuevo profesor, su voz sonaba agradable. Llega a la puerta correspondiente y acto seguido esta se abre.

- Hola, mi nombre es Yago, encantado de conocerte – saluda él con apreciable encanto, mostrando su amplia sonrisa.

Ante Claudia se halla un chico que, para su sorpresa, es pocos años mayor que ella. Tiene la nariz recta, unos ojos grandes, y luce un peinado engominado en forma de punta. Es bastante alto, rondará el metro noventa, por lo que él tiene agacharse para darle dos besos a ella. Algo parecido a una descarga eléctrica recorre su estómago cuando sus labios rozan sus mejillas. Repentinamente advierte que todavía no ha dicho palabra alguna a causa de su abstracción.

- Yo me llamo...- medita la respuesta durante unas milésimas de segundo, ya que Yago ha provocado que olvide su propio nombre – Claudia.

- Bonito nombre, –dice con afabilidad y añade – pasa y toma asiento, ahora concretaremos el horario.

No es un piso muy grande, más bien de espacio reducido, en cambio, las paredes atesoran un gran número de cuadros, firmados todos ellos con una abstracta i griega. Claudia los observa con antojo uno a uno.

Centra especialmente su atención en un cuadro que refleja una sombría cueva, iluminada sutilmente por una vela, sostenida por un hombre en su mano derecha. Este viste con una estilosa indumentaria, luce una camisa azul cian y pantalones niveos arremangados dejando al descubierto sus tobillos. Sin embargo, atisba en su rostro, rasgos primitivos y Claudia corrobora que se trata de un hombre prehistórico. Está esbozado con trazos simples como si del mismísimo arte parietal del Paleolítico se considerase. A su lado se ubica otro hombre, pero al contrario que su compañero de cuadro, presenta características del humano actual, en cambio únicamente se cubre con una tela que reemplaza al contemporáneo pantalón. Este está coloreado con acuarela. Una composición que compagina dos etapas de la evolución muy desemejantes. Aunque en un principio el cuadro se asemeje a una contradicción, en realidad evidencia la destreza, talento y como sinopsis, el arte que detentan en común, su característica definitoria. Indiscutiblemente es un cuadro muy dinámico y atractivo, con un portentoso mensaje visual dirigido hacia el receptor de esta obra de arte.

Claudia incapaz de contener la aleación de sentimientos positivos que le ha transmitido el cuadro, termina por ofrecer una grata sonrisa.

-¿Te gusto?- interroga Yago, causando una expresión de sorpresa por parte de Claudia y retirándola de su estado de ensimismamiento.

- ¿Perdona? Pero no sé qué te ha hecho pens... -hace un intento de réplica pero es interrumpida por Yago.

-Me refería a los cuadros, – libera una carcajada- preguntaba si te gusto en mi forma de pintar, lo que se traduce a si te gustan mis cuadros. Viví algunos años en Argentina, así que igual alguna expresión se me ha adherido de allá. –Yago vuelve a reír.

Los pómulos de Claudia se tornan de un sumo color rosado.

-Ah, claro, los cuadros, son muy... artísticos, ja, ja, ja –inicia una risa nerviosa.

Ambos dialogan sobre el día en el que se impartirán las clases. Acuerdan los martes y viernes, de seis a siete de la tarde. Claudia no pone ningún obstáculo, al contrario, accede complaciente, a pesar de que, coinciden en fecha y hora con las clases en la academia. Así que, ha decidido que no asistirá en esas fechas a la escuela de pintura, aunque el resto de la semana poseerá la obligación de acudir, si no quiere levantar sospecha alguna.

Mantiene su vista centrada en la taza de leche que el camarero le acaba de servir. El viento sopla ligeramente, enmarañando su cabello. Claudia coloca los mechones indisciplinados detrás de sus orejas y se acomoda, en el asiento de la terraza en la que se encuentra, adoptando una posición confortable. Reanuda su exploración, el líquido blanquecino equipara a su piel, blanca como la nieve, una especie de escudo donde los rayos de sol son inaccesibles a ella. Seguidamente rasga el sobre que contiene el café y lo añade en el recipiente. Lentamente el blanco se torna a marrón clarito, semejante a la piel de Yago. Una tez atractiva y unos ojos color miel que han suscitado una especie de hipnotismo en Claudia. Y es que, desde su encuentro con Yago, este se ha convertido en el dueño y propietario de sus pensamientos.

Claudia mira el reloj con impaciencia, su primer día de clase impartida por Yago comenzará en menos de media hora, el problema es que las agujas del reloj en el día de hoy van más lentas de lo normal, avanzando pausadamente, en cambio, sus ganas por comenzar las clases se intensifican por cada minuto que acontece.

Sentada en aquella terraza, Claudia hace hora hasta que llegue el momento de partir.

Repentinamente Claudia se sobresalta, un chico que bien podría tener su edad intenta abrirse paso entre las sillas y mesas de la terraza del bar y, por el contrario, lo que está consiguiendo es avanzar torpemente al chocarse y tropezar con cada una de ellas, creando cierto alboroto. Enseguida un par de camareros le ofrecen ayuda y lo conducen amablemente a una de las mesas donde éste toma asiento. Claudia que no ha dejado de contemplar la escena, al principio un poco contrariada y acto seguido preocupada tras reparar en que el chico era ciego, curioseas al joven. Lleva unas gafas de sol que ocultan sus ojos y un bastón blanco del que se había servido para desplazarse, tiene el pelo alborotado, de color dorado y un mechón rebelde descansa sobre su frente, como si de un remolino se tratase. Varias pecas colonizan sus mejillas y unas cejas pobladas asoman por encima de sus gafas.

Claudia se percata de que tal vez está siendo algo indiscreta por observar durante tanto tiempo a aquel joven que ha despertado en ella visible interés, por ello debería dejar de mirar, pero no puede. Un hombre de mediana edad se aproxima a la mesa del joven y se acomoda en la silla contigua sin proferir saludo alguno. Acto seguido alarga su brazo con cautela hacia la mochila del chico que descansa en la espalda de este. Claudia se levanta automáticamente y en dos pasos se halla enfrente de la mesa del joven.

-¿Tienes algo que ver con él? – inquiera Claudia con tono autoritario, dirigiéndose al recién llegado, que ya se había levantado e inaugurado el paso.

Obtiene silencio como respuesta.

-En ese caso, devuélvele lo que le has quitado.

El hombre tras un segundo de cavilación, inicia una carrera con deseo de distanciarse de la escena.

-¡Al ladrón! ¡Que alguien atrape al ladrón! –grita Claudia, señalando hacia la dirección que el hombre ha tomado.

Un par de hombres que han atendido a sus órdenes no tardarán en inmovilizarlo y llamar a comisaría. Claudia se acerca a ellos, les da las gracias y recoge las pertenencias del chico.

-Bueno esto es tuyo.- Claudia le entrega la mochila al joven, que permanece algo conmocionado –Por cierto me llamo Claudia.

-Caray, muchas gracias. Supongo que hoy no está siendo uno de mis mejores días... -comenta cabizbajo el chico y le tiende la mano – Yo soy Guille.

- Le puede ocurrir a cualquiera, hay mucho ladronzuelo suelto por el mundo. Sin ir más lejos, a mí una vez me robaron la cámara de fotos cuando estaba haciendo una y no la recuperé, en cambio tu sí. Así que, al fin y la cabo, hay un lado positivo en todo esto, ¿no crees?

-Lo cierto es que sí y te lo agradezco mucho, pero no es solo por el robo. Antes perdí la orientación y ese fue el motivo por el que tropecé con las mesas del restaurante. Y ahora no sé qué dirección tomar.

-¡Eso también tiene solución! Dime hacia dónde deseas ir, que yo te guío.

Claudia mira el reloj y descubre que quedan menos de cinco minutos para que marquen las seis. El tiempo ha pasado volando desde la llegada de Guillermo y comprende que debe darse prisa si no quiere llegar tarde a la clase con Yago.

-Eres demasiado amable conmigo Claudia –enuncia Guille, acto seguido le comunica la dirección – Allí asisto a clases de dibujo.

-¡Pero que coincidencia! Si allí es donde yo también me dirijo, hoy es mi primer día.

-La verdad es que sí. Hoy es mi cuarta clase, sin embargo el primer día que vengo solo, sin mi perro lazarillo, pues está siendo atendido en el veterinario.

Claudia y Guille inauguran el paso. Mantienen una activa conversación durante el trayecto y en un momento del diálogo Claudia se dirige con verdadera incertidumbre hacia Guillermo.

-No sé si pareceré ignorante e indiscreta al hacerte esta pregunta pero Guille, ¿no es muy difícil para ti dibujar siendo invidente?—inquire con interés Claudia, que había estado dándole vueltas a esta cuestión.

-Muchas personas consideran que carece de sentido que un invidente dibuje, suponen que como en nuestro entorno todo es tridimensional no somos capaces de plasmarlo en un papel. Y es cierto que es difícil dibujar elementos que nunca has palpado o sentido, pero no es imposible. Es más, yo siempre he sentido una inmensa atracción por dibujar aquello que no puedo ver y plasmarlo según mi propia percepción del objeto o cuerpo. Hace dos años, descubrí una pintura sensorial especial para ciegos, donde aromas diferentes estaban asociados a colores determinados, así empecé a desarrollar mi capacidad artística utilizando como guía esos aromas. Mi objetivo en las clases de Yago es mejorar, aprender de sus lecciones como cualquier otro alumno y, como el mismo me dijo, a desplegar mi capacidad de creatividad e imaginación.

Claudia que ha escuchado su respuesta atentamente, sonrío, y no puede estar más de acuerdo con el alegato de Guillermo.



En su MP3 suena un tema melancólico, *Unbreakable* de Benjamin Peltonen. Malena tararea al tiempo que reordena sus pensamientos. Por supuesto que le apetece quedar con su novio, pero lo cierto es que hoy tenía ya planes, acudir a sus clases de dibujo. Lo cierto es que a veces es un poco celoso, por eso no le ha comentado que va a dibujo porque quien las imparte es... un chico. Así que cuando su novio le propuso quedar a esa hora no tuvo más remedio que aceptar sin protesta alguna. Está segura al cien por cien de que si le hubiese contradicho o querido cambiar la hora del encuentro, este seguro que le habría preguntado el motivo y, en ese momento no tenía ganas de darle explicaciones como siempre hace. Algo que se ha convertido en una rutina de su día a día y no le complace en absoluto. En cambio le quiere.

Aunque son las seis y cinco, Claudia y Guillermo son los primeros alumnos en llegar. Claudia ojea a Yago y sus constantes vitales se desorganizan.

-Aunque vuestra otra compañera todavía no ha llegado, ¿no creéis que va siendo hora de comenzar la clase?—propone Yago, con una sonrisa encantadora.

Guillermo y Claudia asienten con entusiasmo.

-Para empezar, como hoy es tu primera clase Claudia, me gustaría que nos explicaras que significa para ti el dibujo.

Claudia tras meditar la respuesta, no tarda en responder.

-El dibujo es una de mis grandes aficiones, no es simplemente un pasatiempo o una excusa para entretenerme un rato. El dibujo no es el pretexto, son excusas las que busco para dibujar. Ya que lo ejerzo siempre que puedo porque dibujar me hace feliz. Me gustaría con estas clases Yago, que me ayudases a mejorar y a reflejar mi

propia personalidad en el dibujo, no a copiar obras de otros autores, como hacía en mi antigua academia.

Claudia queda satisfecha y Yago encantado con su respuesta, Claudia parece tener verdadera vocación por el dibujo, personas así son las que finalmente logran aprovechar al máximo sus lecciones.

-Muy bien Claudia, espero que así sea y mis clases favorezcan a tus excelentes objetivos.

Imprevistamente suena el timbre, sumergiendo al apartamento en un duradero pitido. Yago abre la puerta y una chica interrumpe en la sala con paso decidido. Luce una larga melena lisa de un excéntrico azul eléctrico, recogida en forma de coleta. Tras sus prolongadas pestañas, se puede vislumbrar una abundante sombra de ojos de color negro, a juego con el color de su corto vestido y sus botas militares. Su pequeña nariz, muestra un piercing en el orificio nasal derecho y sus labios están coloreados por un rojo coral.

-¿Qué haces aquí Rebeca? –pregunta Yago con tono cortante.

-Veo que ya no me llamas Becky como en los viejos tiempos –ríe al tiempo que toma asiento en el sofá más próximo a ella.

-Tal vez porque lo nuestro terminó, -responde Yago de inmediato- aunque por tu forma de actuar juraría que no lo has superado.

-Ay, Yago, Yago, no te creas tan importante, que consigo a todo chico que quiero y aparte tengo una larga lista de espera. –comenta Rebeca con aires de superioridad, al tiempo que Yago suspira y niega con leves movimientos de cabeza como muestra de desaprobación –Respondiendo a tu pregunta, vengo por tus clases de dibujo, a que me ilustres con tus enseñanzas ja, ja, ja.

Yago adapta una expresión mezcla de sorpresa e incredulidad.

-¿Qué pasa, no me vas a aceptar? ¿No eras tú el que lo había superado?

-interpela Rebeca, desafiando a Yago con la mirada.

Yago sonrío pícaramente y le señala su nuevo asiento junto a Guillermo y Claudia.

-De acuerdo, empiezas ahora mismo.

Claudia que no había dejado de presenciar aquella escena sin retirar la mirada, había experimentado un dolor intenso en el alma al corroborar que la recién llegada había sido la novia de Yago. Está sintiendo celos por un chico al que prácticamente acaba de conocer, nada semejante le había sucedido hasta el presente momento. Le tranquiliza, por el contrario, el hecho de que su relación sea agua pasada para ambos.

La esperada primera clase con Yago acontece triunfante, proporcionando un buen sabor de boca a Claudia, aunque también el resto de sus compañeros disfruta de la lección, incluida Rebeca. En las posteriores clases Malena, la nueva compañera, acude, aunque no asiste alguna que otra vez. Los días avanzan y junto a ellos las clases, en las que Yago explica a sus alumnos las diferentes técnicas del dibujo artístico, estimula a que trabajen la pintura y el óleo con soltura, logra que comprendan las claves del claroscuro y el color. Asimismo se inician en la técnica del paisaje y la figura humana, y basándose en recursos propios y eficaces consigue que sus estudiantes estimulen su creatividad personal. Además el buen ambiente creado en las clases y la afición compartida por sus asistentes, provoca que florezca una relación de amistad entre ellos.

Claudia compatibiliza las clases de la academia, las cuales en su opinión son eternas, con las clases de Yago. De estas últimas continúa sin comentarle nada a su padre, ya que sabe que éste no aceptaría que acudiera a unas clases que no presentan suntuosidad alguna y se ubican, por consiguiente, en un humilde barrio de Madrid.

Yago, Claudia, Guille, Malena y Rebeca dispuestos a pasar una tarde entretenida, se detienen frente a un edificio cuya estructura arquitectónica es de lo más innovadora. Principalmente animado se le ve a Guillermo, aunque ha sido Yago el impulsor de la excursión al nuevo centro cultural Cris Pons. Un loable mérito ha sido convencer a Malena que había mostrado una negativa inicial porque relataba que seguramente no podría ir y que tal vez no le era conveniente, entre otras tantas excusas, sin embargo, Yago no entendía varios de sus argumentos y finalmente tras rebatir sus palabras ha logrado que hoy esté presente. En cambio su atención esta tarde no permanece en Malena, sino en Claudia y en el níveo vestido que le escolta. Rápidamente aparta la mirada hacia otra parte. Hace tiempo que Claudia le atrae, es una chica encantadora, inteligente, con mucho talento en el dibujo y además es muy bella. Pero no puede mezclar el trabajo con las relaciones amorosas, debe comportarse como el profesional que es, e intentar olvidar los sentimientos que guarda hacia Claudia, aunque se manifieste como imposible.

Acceden al interior y disfrutan de la exposición titulada: *Dibujos para palpar*. Consiste en una muestra compuesta por cuadros que pueden ser percibidos por personas ciegas, imágenes que contienen un fino relieve que ayuda a los invidentes a identificar el contenido de las pinturas.

- Esta exposición da paso a un horizonte nuevo gracias al relieve que presentan los cuadros. Se trata de que las exposiciones de cuadros, importantes manifestaciones artísticas, estén al alcance de todo el mundo, ya que todas las personas tanto sean invidentes como no, la pueden disfrutar por igual –relata Yago.

Guillermo palapa con antojo un cuadro que exhibe a un chico, sentado sobre la cuantiosa arena que coloniza una deshabitada playa. Sin embargo, se aprecian sombras de personas que no se advierten. Éste está dibujando sobre la orilla con un palo, y se halla muy abstraído en su labor.

- Este cuadro es mi favorito. El chico me recuerda a mí, puesto que está tan concentrado dibujando que no ve otra entidad más que su dibujo. En la playa realmente hay personas, la pista nos la dan sus sombras, en cambio él nos las ve, porque el dibujo constituye en ese momento el centro de su universo.

El resto de sus compañeros describen sorpresa en su gesto, Guillermo ha conseguido traducir a la perfección la esencia del cuadro. Malena cierra los ojos y comienza a palpar los cuadros, acto seguido el resto la imita. Yago le susurra al oído lo que sus compañeros están haciendo y Guillermo se conmueve.

-Guille, nos gustaría saber si podrías indicarnos como recorrer los cuadros, ya que tú has logrado captar su verdadero significado, al contrario que nosotros, y nos gustaría deleitarnos como tú lo has hecho –enuncia Malena con tono afable.

-Acepto encantado –responde él con una sonrisa.

Sus compañeros comprenden que es verdaderamente difícil y que Guillermo es un ejemplo de superación en el día a día, pues nunca presenta ningún descontento o queja respecto a su discapacidad, al contrario, siempre luce una radiante sonrisa y no establece un límite a sus posibilidades. Es más, su sueño se fundamenta en que personas puedan llegar a apreciar las obras que él realiza con tanta vocación.

-Me encanta, Yago, gracias por guiarnos hasta aquí, significa mucho para mí, es algo que nunca había podido sentir. No había tenido la posibilidad de percibir un cuadro, únicamente me tenía que conformar con lo que me contaban –dice Guillermo con notable emoción.

La visita concluye y todos se despiden, tomando caminos diferentes, a excepción de Claudia y Yago que se dirigen a la misma dirección.

-Como se nos ha hecho un poco tarde y va anocheciendo, ¿qué te parece si te invito a cenar? –sugiere Yago -¿Te gusta la comida italiana?

Examina su móvil, dos llamadas perdidas y seis mensajes por parte del mismo contacto, su novio. Malena tiene el móvil en silencio debido a que se encontraba en la exposición y consecuentemente no había oído las llamadas, por lo que tampoco se siente culpable por no haberle respondido. En algún momento deberá hacerlo, pero ahora no tiene ganas, está cansada y seguro que su novio le pide abundantes explicaciones. Se acuesta sobre la cama de su reducida habitación de la residencia en la que vive, y lentamente sus párpados se cierran como dos cortinas que no quieren que la luz las atraviese.

Súbitamente unos golpes en la puerta retumban en toda la habitación, Malena se levanta un poco desorientada e inmediatamente abre la puerta. Su novio se adentra en el interior y Malena descubre un semblante malhumorado.

-¿Por qué no coges mis llamadas y respondes a mis mensajes? ¿Dónde has estado?

-He estado ocupada, tenía el teléfono en silencio y...

-No pongas excusas, me estás mintiendo, y ¿ocupada con qué? ¿No habrás salido con otro tío?

-¡No! Creo que deberías calmarte, no he hecho nada de lo que deba arrepentirme, ni de lo que tú te tengas que preocupar, solo he quedado con unos amigos.

- Me calmaré si yo quiero, y ¿has salido sin me permiso?

- ¿Es que acaso lo necesito? Me parece a mí que soy yo la que debo decidir con quién quedar y no tú por mí.

A continuación Malena solo escucha gritos, su cabeza le da vueltas y siente un intenso dolor en su ojo izquierdo, su visión se torna borrosa por un instante y finalmente oye el fortísimo impacto de la puerta al cerrarse, antes de comenzar un llanto desolador.

La Vita é Bella, situado en el barrio Justicia, es el restaurante que Yago y Claudia han elegido para cenar. Yago se lleva varios raviolis a la boca, comiendo con antojo. En cambio, Claudia todavía no ha probado bocado de su *lasagna al forno*, está demasiado inmersa en sus pensamientos mientras contempla a Yago. ¡Yago la ha invitado a cenar! ¡Está siendo su pareja de mesa! Cuando éste se lo propuso casi le costó articular un simple sí, debido el estado de shock en el que había entrado. Acto seguido le envió un WhatsApp a su padre diciéndole que iba a cenar en casa de una amiga y volvería un poco tarde.

-Se te va a enfriar la lasaña como no la pruebes ya... aunque otra cuestión es que no la quieras, en ese caso ya me la como yo, eh –comenta Yago con ironía mientras le guiña un ojo a Claudia.

Yago se gana una carcajada por parte de Claudia y al mismo tiempo, consigue retirarla de su ensimismamiento.

Durante el transcurso de la cena conversaron sobre asuntos triviales, aunque especialmente hablaron sobre como estaban aconteciendo las clases de dibujo.

Inesperadamente se crea un silencio entre ambos que se prolonga varios segundos.

-Yago a cada uno de nosotros, tus alumnos, nos has preguntado el significado que le otorgamos al dibujo. En cambio, ahora me gustaría saber a mí algo. Yago, ¿por qué decidiste dedicarte al dibujo? –inquire Claudia rompiendo el silencio.

-Mi madre es pintora como profesión, y para mí el dibujo es mi gran pasión, desde muy chico dibujaba a todas horas, todo lo que veía y me transmitía algo magnético lo plasmaba en el papel. Supongo que lo llevo en los genes. Ella es argentina y mi padre español. Vivíamos juntos en Buenos Aires hasta el momento en el que decidieron terminar con su relación, entonces yo tenía tan solo nueve años. Mi padre regresó a España, y mi madre y yo permanecemos en Argentina. El tiempo transcurría y mi padre me hacía visitas cada vez más esporádicas, yo en aquella época no lo entendía, pero a hace un par de años me enteré de que desgraciadamente mi padre sufría cáncer de pulmón y su salud era muy frágil. Viajé a España para pasar con mi padre, el que sería su último año de vida.

- Lo siento mucho Yago...-declara Claudia, por cuyo rostro se desliza una lágrima, mientras coloca su mano sobre la de Yago acariciándola delicadamente.

-No te preocupes Claudia, ya lo he superado, la vida continúa y debemos afrontar las piedras que la vida nos pone en el camino. Mi padre siempre seguirá en mi recuerdo y en mi corazón. Además decidí asentarme en Madrid en memoria de mi



padre, su ciudad natal. Establecí aquí las clases que imparto y así es como comencé a dedicarme profesionalmente al dibujo.

Al terminar la cena, Yago guía a Claudia al parque de atracciones para completar una noche significativa para ambos. Saborean unas dulces manzanas caramelizadas, recorren los temibles raíles de la montaña rusa y, finalmente, Yago obsequia a Claudia con un grandioso osito de peluche gracias a su hazaña en el tiro de escopeta.

A las tres consecutivas clases Malena no asiste, pero en la tercera de ellas tampoco lo hacen Guille y Rebeca por motivos personales. Consecuentemente Claudia es su única alumna esta tarde.

-En la clase de hoy te planteo que retrates algo con lo que me sorprendas. – sugiere Yago.

-¿Se trata de una especie de examen? – pregunta Claudia pensativa.

- Se podría decir que sí, ya que voy a valorar lo que has aprendido conmigo. – Yago sonríe.

Claudia le responde con otra sonrisa. Se le acaba de ocurrir una idea, tal vez un tanto osada, pero si Yago quiere que lo sorprenda eso hará. Recoge su juego de temperas y se aproxima pausadamente hacia Yago. Claudia se lleva un dedo a la boca indicándole que guarde silencio, después comienza a desabrocharle los botones de la camisa tejana que viste y Yago se deja hacer con una mueca de asombro impresa en su rostro. Una vez logrado su objetivo la retira por completo, dejando al descubierto el perfecto torso desnudo de Yago. Realiza diversas mezclas, obteniendo diferentes tonalidades de grises.

-Colócate de espaldas.

El expectante Yago, percibe como Claudia desliza el pincel con trazos firmes sobre su espalda, coloreando su dorso.

-Ahora mira hacia la derecha y sitúa tus manos en los bolsillos traseros de tu pantalón.

Claudia toma asiento y con carboncillo en mano, empieza a retratar a Yago. Éste no logra evitar que la situación le provoque una risita que Claudia advierte, al tiempo que ésta se sonroja. El proceso total le lleva poco más de una hora.

-Aquí tienes, espero que no te hayas cansado mucho. -le entrega Claudia, con mirada cabizbaja y sonrojándose de nuevo.

Yago ojea su retrato con antojo y descubre el dibujo en su espalda, se trata de una luna menguante. Le encanta, Claudia verdaderamente tiene muchísimo talento.

- La luna representa una relación con la inicial de mi nombre, es una especie de firma que he reflejado en tu piel.- y al ver que Yago no responde, añade  
-quería hacer algo original.

Yago siente que no puede continuar con la lucha que vive en su interior, sus sentimientos por Claudia son demasiado fuertes, se ve incapacitado para seguir ocultándolos o intentar olvidarlos porque simplemente no puede, la quiere.

La radio que ambienta la habitación inicia una nueva canción. Dice así:

*As long as you love me, we could be  
starving,  
We could be homeless, we could be  
broke,  
As long as you love me,  
I'll be your platinum, I'll be your silver,  
I'll be your gold...*

-¡*As long as you love me*, mi canción favorita! –comenta Claudia, aunque los labios de Yago no tardan en pegarse a los suyos.

Las manos de Yago se posan sobre la cadera de Claudia y la atrae hacia él, sus labios vuelven a acariciarse.

-Claudia te quiero.- susurra Yago.

-Yo...yo también te quiero. –responde conmovida, con un hilo de voz.

El vestido de Claudia descansa ya en el suelo del apartamento, mientras Yago y Claudia comparten un instante muy entrañable, amándose mutuamente con infinito deseo.

Varias semanas más tarde, Malena reaparece en el apartamento de Yago con una media sonrisa, la primera que sus compañeros advierten desde el momento en el que la conocieron.

-He dejado a mi novio.

Inician un fuerte aplauso y se escucha algún que otro silbido de exultación, seguidos de un emotivo abrazo.

Malena les da especialmente las gracias a Guillermo y Claudia, ya que fueron ellos los descubrieron el moratón que acompañaba a su ojo y con él, el acoso que sufría por parte de su pareja. Ésta les confesó que no tenía ni fuerzas para asistir a las clases y se sentía atemorizada por su novio. Ellos constituyeron una pieza clave en su historia, le aconsejaron que rompieran con esa insana y perniciosa relación. Ahora Malena se encuentra más feliz que nunca.

Algo semejante al diluvio universal está incidiendo sobre Madrid. Claudia se refugia bajo el constante abrazo de Yago mientras avanzan torpemente en esa posición. Consiguen llegar hasta un portal en el que cobijarse, y un ardiente beso los une, encendiendo una llama en su interior. Una figura excéntrica de cabello azul, los observa en la distancia, una sensación de impotencia y resentimiento recorre sus venas y varias lágrimas colonizan su rostro, causando que su maquillaje emigre hasta sus mejillas. De repente, comienza a alejarse del lugar en el que se ubica lo más rápido que puede.

Una llamada, una traición.

El cielo está cubierto por oscuras nubes, por consiguiente una leve llovizna acaece en la ciudad. Un mercedes cabrio slk recorre sus calles y estaciona en un portal, un chico aparece ante ella y la besa. Álvaro abandona el coche rápidamente con paso ligero y se detiene delante de ellos. La cara de Claudia es un poema.

- ¡¿Qué se supone que estás haciendo?! ¡¿Quién es este tío?! ¡¿Y por qué no asistes a tus clases de dibujo?! – grita con respiración agitada.

Yago con incertidumbre le pregunta a Claudia quién es ese hombre, a lo que ella tímidamente le responde que es su padre. En pocos minutos Claudia le cuenta la verdad. Su padre, quien no entra en razón y cuyo enfado ha aumentado considerablemente, la agarra del brazo y la atrae hacia el coche, mientras amenaza a Yago diciéndole que no se acerque nunca más a su hija.

- ¡No Papá, lo quiero no me puedes hacer esto! ¡No me puedes separar de él! –  
solloza Claudia mientras Yago intenta retenerla pero nada puede hacer.

Un mes ha acaecido desde la última vez que Yago y Claudia se vieron. Y lo único que recuerda Claudia son lágrimas de por medio. Mientras que Yago reveló el engaño de Rebeca y la expulsó de sus clases.

Una noche, en la que Yago ya no puede seguir soportando el dolor que reside en su corazón, decide infiltrarse en casa de Claudia aunque sabe el riesgo que supone reencontrarse con su padre. Trepa ágilmente por el árbol próximo a su ventana, entrando por esta con sigilo, sorprendiendo así a Claudia y fundiéndose en un apasionado beso.

-¿Estás dispuesta a abandonarlo todo por mí? Eso incluye tu familia, y una buena posición social que yo nunca podré darte.

Claudia no se lo piensa, coge una bolsa con lo justo necesario y se alejan de allí rápidamente subiendo en la moto de Yago. Pero pronto oyen los gritos de su padre llamándola, ven como se monta en su mercedes y comienza a perseguirlos a gran velocidad.

-¡Corre Yago, acelera, acelera! ¡No dejes que mi padre me lleve de regreso a casa, si no nunca más volveré a verte y no puedo vivir sin ti!

Yago al oír estas palabras acelera hasta 200 kilómetros por hora, sin percatarse del peligro que esto conlleva. De repente, sonido de sirenas, dolor, y una luz que se apaga, para siempre.

*Un año después*

La canción finaliza y con ella el recuerdo de su trágica historia de amor.

